

Padre, perdonaba á su hija y la bendecía al dintel de la tumba.

La otra, sentia la muerte irse apoderando de su ser y al morir su cuerpo, despertaba mas ardiente en su alma su amor: pero se veia olvidada, abandonada por el que amó y le consagraba sin embargo, sus últimas lágrimas, sus últimos suspiros, la agonía de su pensamiento, que al girar sobre su pasión imposible, sobre su cariño sin esperanza, habia llegado á ser un castigo para ella.

Lanzaba su postrer y lastimero judios! á aquel rosal que en otros dias, cuando tenia el consuelo de esperar, habia sido un talisman misterioso de su amor, un relicario de sus recuerdos, de sus delirios, de sus esperanzas y ahora solo era la dulce perspectiva de una felicidad desvanecida, para siempre, de una ilusion tan falsa que se disipó como un sueño.

Amante, perdonaba aún y olvidaba su abandono.

Desgraciada vertia las últimas lágrimas de despedida á un amor que fué su gloria.

De repente, Clemencia se desvaneció, sintió faltar la tierra bajo sus piés y arrancándose de los brazos de su padre cayó aplomada y perdido el conocimiento.

Tanta luz, tanto perfume y el exceso de su emoción habian agotado sus fuerzas y la habian desmayado.

El doctor, se apresuró á cubrirla, la tomó entre sus brazos como si fuera un niño dormido y corrió con ella á su habitacion depositandola sobre su lecho.

—Y ahora murmuró, casi llorando el Doctor;

cuando Clemencia hubo vuelto en sí. Ahora, se ha acostado para no volverse á levantar mas.

CAPITULO XXI.

¡Padre y médico!

Ocho dias despues de la escena referida, el Doctor encerrado en su gabinete, escribia á su amigo Don Estevan la siguiente carta, que amenudo interrumpia para enjugar las lágrimas que de sus ojos corrian.

MI AMADO AMIGO:

¡Duerme mi hija en el cuarto inmediato!

Estoy escuchando perfectamente el sonido de su respiracion aspera y desigual y me aprovecho de este instante para escribir á vd. como hemos convenido y pare desahogar en el seno de la amistad, el dolor conque me siento morir.

Desde la última vez que he escrito á vd. ha seguido cada dia mas mala; pero precisamente en esta última semana es cuando la enfermedad se ha desarrollado de una manera espantosa y cuando he tenido que emplear, para combatirla, los medios mas crueles y mas inhumanos.

Figurese vd, amigo mio, que yo mismo, padre inhumano, he puesto un caústico sobre su pecho, que yo mismo como un infame, he desgarrado hasta hacer brotar la sangre, ese pecho tan blanco,

que parecia solo formado para exhalar cantos de amor y palabras de consuelo.

Pero ¡Dios mio! bien sabes que era un recurso necesario que yo mismo he estado dilatando, acaso mas del tiempo que debiera, que en ese caústico está puesta mi última esperanza y que si esta se desvanece, como tantas otras, entonces no hay mas que sufrir y resignarse.

¡Cuánto ha sufrido! por no hacerme padecer, ha contenido sus gemidos, ha ahogado sus sollozos, ha intentado sonreirse mientras duraba la cruel operacion, como si su infeliz padre no estuviese conociendo, ¡cuánto! ¡cuánto! debía estar padeciendo! ¡como si mil veces no habiese escuchado los gemidos de hombres fuertes y sufridos!

Todos los dias á la hora de la curacion se repite esta dolorosa escena.

Mas querría yo, que llorase, que exhalase libremente sus gemidos y no que se sonria con esa risa de mártir:

Hay una idea que la mata, que la lastima dolorosamente en medio de sus padecimientos físicos, su amor, su amor imposible, su amor de mártir, y sin embargo ni una palabra, ni una queja amarga contra tanta ingratitud, contra tan cruel abandono.

¡Cree vd. Don Estevan que esta pobre niña, deje de comprender, que Fernando la tórró de su memoria y que ha echado su corazón en otros brazos.

No; lo comprende muy bien; pero se calla, sufre y perdona.

¡Dios mio! ¡cuanto sufrimiento! y ¡cuanta resignacion!

En este momento acaba de exhalar un gemido; he corrido á su cuarto; pero la he encontrado dormida, con su rostro apacible, con su sonrisa de angel.

La he besado en la frente, silenciosamente para no despertarla y me he vuelto de puntillas á escribir.

¡Dios mio! la veo latir todavía y aunque conozco que su vida se está apagando como una lámpara, no puedo reanimarla.

¡Señor! yo os daría toda mi vida, pasada durante treinta años en el alivio de los sufrimientos de la humanidad, por el rescate de esa vida de mi corazón.

Hay momentos, Don Estevan, en que al ver el poco efecto que producen las medicinas que tanto cuidado pongo en preparar y que los autores consideran como infalibles, maldigo el pensamiento que me impulsó á adoptar una carrera de tinieblas, en la que el que mas hace camina á tientas.

¡Oh! la ciencia es un abismo inmenso, insondable; que solo cuando la luz nos alumbra podemos contemplar desde el borde pero ¡ay! del que osare penetrar en él.

¡De qué me sirven tantos años de estudio infatigable y de constante observacion?

De saber la marcha terrible de la enfermedad, de conocer como si los viera las trasformaciones mortales que se están haciendo en los órganos del pecho de mi hija, trasformaciones que no puedo impedir.

Dicen los sabios que la ciencia avanza; porque pueden apoderarse de un cadáver y ver y tocar los cambios morbosos que han causado la muerte, porque pueden referir á tales ó cuales desarreglos orgánicos, tales ó cuales síntomas observados durante

la vida; porque pueden hacer un buen diagnóstico de una enfermedad.

¡Pero de qué sirve, si no pueden detener esa horrible marcha, si su terapéutica es impotente para volver á su estado normal los órganos destruidos por la enfermedad?

Mas valdrian menos antopsias y observaciones patológicas y mas esperiencias terapéuticas; mas medicinas y menos teorías.

¡Qué vale el perfecto conocimiento de un órgano, cuyos últimos ramos nerviosos microscopicos se pueden seguir por la economía, si no se puede impedir la muerte que se produce por una alteracion imperceptible de ese órgano?

De nada ¡orgullo! ¡siempre orgullo! teorías, siempre teorías y al fin de todo, nuestra pequeñez, nuestra miseria, nuestro lodo.

¡De qué me sirve, á mí, infeliz padre, el título de sabio y los honores que llevo?

Muchas veces me han llamado llorando los hombres, su salvador, su padre.

Muchas madres han caido á mis piés abrazando mis rodillas entre sollozos de gratitud, porque habia vuelto á su seno amante un hijo que era su vida.

Muchos amantes me han bendecido porque habia vuelto á sus brazos el ser amado, que se moria, porque con mi ciencia habia reanudado la rota cadena de su felicidad.

Y yo he llorado tambien como ellos, porque en mi loco orgullo habia creído que la vida y la felicidad estaban bajo el dominio de la ciencia y que mientras mas supiese mas podia ser el bienhechor de la humanidad.

Y ahora ¡Dios mio! ahora que me siento debil

¡no podreis hacer para mí lo que yo tantas veces he hecho para los demás?

¡Quereis castigar mi loca soberbia de vna manera tan cruel?

¡Oh! ¡señor! seria una injusticia, seria un crimen... ¡Silencio! vos sabeis lo que haceis, si está dispuesto así, á mí pobre mortal no me toca mas que sufrir y resignarme.

¡Volvedme á mi hija! y os juro que emplearé los dias que me restan para el viaje de la vida, en consolar á los desgracidos, en bendecir vuestra Omnipotencia y en orar por mi hija. ¡Volvedmela! ¡señor! ó hacedme morir antes que ella.

Sí, amigo mio, en esta semana he envejecido de veinte años.

No puedo dormir un momento.

Varias veces durante las altas horas de la noche, abandono mi lecho de tormento para dirigirme silencioso al lado de mi hija.

Si ella está despierta, fijo cualquier pretexto para ocultarla mi ansiedad; si por el contrario duerme, ¡oh entonces me acerco de puatillas á su lecho y paso largo tiempo contemplando su rostro á la tenue luz de una lámpara, que alumbrá la estancia, contemplo entristecido sus facciones cubiertas por un palidez mortal, sus labios blancos formando una sonrisa de resignacion, el círculo sombrío que rodea su cerrados ojos, escucho su respiracion estertorosa, porque uno de sus pulmones ya no ejerce absolutamente sus funciones y el otro pronto se afectará todo, de igual manera.

¡Oh! entonces habrá llegado el término fatal que preveo.

Muchas veces despierta y al abrir sus ojos me

encuentra junto á su lecho, pálido, afligido, con el rostro descompuesto por el dolor, contemplándola con ansiedad.

Al verme se sonrie y tomando mi mano entre las suyas me dice con ternura.

—¡Pero que hace vd. aquí, papá, á estas horas, no ve que le hace mal el levantarse?

Yo ahogando mi emocion le respondo.

—Oh, no, nada hija mia, si no que me parecia haberte escuchado quejar y como no puedo dormir me he levantado para ver si querias alguna cosa.

—No; me siento bien, papá, pero vaya vd. á dormir un poco.

—Pero hija.....

—Nada, si se queda vd. aquí, me enojaré.

Y entonces vuelvo á mi aposento y me pongo á escuchar detrás de la puerta, hasta que por su respiracion conozco que se ha vuelto á dormir y de nuevo la contemplo dormida.

Despues me encierro en mi gabinete y devoro todos los libros en las páginas que tratan de la enfermedad de mi hija; pero ¿qué puedo encontrar que ya no sepa? por el contrario, solo me aseguro cada vez mas, de la terminacion del mal.

Quisiera que todos los libros de que se compone mi biblioteca, tratasen de esa enfermedad, para ver si acaso encontraba yo algo nuevo que me hiciese sentir un vislumbre de esperanza, quisiera que todos los enfermos para quienes soy llamado, presentasen ese mal, para probar aún mis fuerzas.

Las pocas horas que paso fuera de casa, en el ejercicio de mi triste profesion, son un tormento para mí, porque me parece que en mi ausencia, va á acontecer algo terrible y cuando vuelvo pro-

curó leer en todas las caras de los criados lo que pasa.

Precisamente dias pasados he estado asistiendo á una jóven de la misma edad de mi hija y que su fria hace tiempo con su misma enfermedad.

Era el encanto, la adoracion de sus desgraciados padres, que habian puesto en mí sus últimas esperanzas. La he visto ir presentando los mismos síntomas que mi Clemencia, como ella la he visto irse consumiendo, y me he desesperado al ver el poco efecto de mis medicinas, que son las mismas que he empleado para mi hija.

Por fin, anteayer despues de una tranquila agonía ha muerto, ¡Dios mio! como moría mi hija.

¡Señor! ¡Señor! ¡vos no lo permitireis!

He vuelto á la casa llorando lo mismo que lloraban sus padres.

El otro dia al entrar en el cuarto de Clemencia me la recibido con las siguientes palabras.

—¡Padre mio! quisiera que me concediese vd. un favor.

—¿Un favor? he preguntado sonriéndome.

—Sí, señor.

—¿No será como el del otro dia de ir al jardin, que ya ves el mal que te ha causado?

—¡Oh! no señor, esta sí que es una cosa muy sencilla.

—Bueno, bueno, hija mia, dí....

—Quisiera tocar en mi piano, algunas piezas, por la última vez, ya ve vd. que esto no me puede causar ningun mal.

—Pero ¿no ves, niña, que no puedes hacer ningun movimiento, porque te lastima el pecho y...?

—Sin embargo, me ha interrumpido, no porque

deje yo de tocar, he de seguir menos mala y estaré de esa manera muy entretenida, los dias que aun tengo que estar en la cama.

Y sus ojos al decir estas palabras se llenaron de lágrimas.

Yo sentia un nudo ahogando mi garganta.

—Pero dime, ¿para qué quieres tocar? ¿no ves que la música te hace tanta impresion? ¿para qué lastimarse el corazon con el recuerdo de cosas ya pasadas, que al fin no tienen ya remedio? Deja niña esos pensamientos tan tristes y procura distraerte.

Sus ojos volvieron á arrasarse de lágrimas.

Al cabo de un momento de silencio me dijo con triste lentitud.

—Sí señor, es cierto, pero si al fin ya me voy á morir, ¿por qué no darle gusto á una moribunda? ¿Qué mal se puede ya pensar de una muerta?

—En efecto, me he dicho, ¿por qué no darle gusto á una moribunda?

Y he hecho acercar el piano á su lecho y colocarlo á una altura regular, para que no la molestase.

Se ha incorporado en la cama y ha comenzado á tocar muy despacio y muy quedo, de una manera tan triste, tan triste, que me he salido precipitadamente de la estancia, porque sentia que el corazon se me habia reventado dentro del pecho.

—No ha querido, por mas que he hecho, que se retirase el piano, y por las tardes, cuando comienza á invadir su marchito ser la fiebre, se pone á tocar y aun algunas veces, á pesar de mi espresa prohibicion, canta en voz baja.

¿Y qué le parece á vd., amigo, que toca?

Todas aquellas piezas que en otros días tocaba al lado de Fernando y mas particularmente, las que á éste le agradaban.

¡Cuánto tormento!

¡Cómo hacer para arrancar de su corazon ese pensamiento tirano que le ocupa despedazándolo de una manera dolorosísima! ¡esa carcoma tenaz de su existencia ya herida!

A veces pienso que si Fernando volviera, acaso su presencia la reanimaria.

Pero es mas probable que en el estado en que está, las fuertes sensaciones la acabasen de matar.

Y luego, aunque se concedan los remedios morales, para un mal tan físico, tan terriblemente seguro, ¿cómo hacer venir á ese jóven, que lo mismo que le pronostiqué á vd. hace dos años, la ha olvidado completamente en medio del torbellino de México y durante un año, ni una sola carta, ni un recuerdo le ha consagrado.

Por consiguiente, despues de haber buscado la medicina de mi hija, en el clima, en todos los medios de que hablan los autores, en un cuidado especial; al verla morirse dia á dia, no me queda ya mas que decir con el Dante esas desconsoladoras palabras de un dolor sin tregua.

“Lasciate ogni speranza.”

Espero á vd. amigo mio en uno de estos dias, segun me lo ha prometido.

¡Oh! venga vd., venga, porque necesito tener á mi lado un amigo con quien desahogar mi dolor, un amigo que me consuele y ayude en las tribulaciones.

Suspendo por ahora mi carta, porque Clemencia no debe tardar mucho tiempo en despertar y voy á ver el efecto que ha producido, la última medicina que le he dado.

El doctor cerró silenciosamente la carta y corrió al lado de su hija, que en este mismo momento despertaba.

CAPITULO XXII.

Un muerto antiguo.

Fernando habia partido de México al amanecer del dia siguiente al que lo hemos visto tan afligido y tan arrepentido. Al dejar tras de sí la opulenta capital, no pudo menos de lanzar un suspiro, por el tiempo de olvido y casi de prostitucion que en ella habia pasado, olvidado de Clemencia.

Pero la resolucion del jóven, aunque tardía, era irrevocable y esto contribuyó en parte á hacerle recobrar su tranquilidad. Ademas, el país que atravesaba, era delicioso de contemplar, y muy capaz por sí solo de distraer un pesar por intenso que éste fuese.

Comenzaba á despuntar el dia y el sol de los trópicos se levantaba magestuoso en el firmamento sobre la nevada cumbre del Popocatepetl y el Ixtacihuatl, alumbrando, hácia la derecha, la laguna de Chalco y á la izquierda la de Texcoco, cuyas dormidas aguas, semejaban dos inmensos espejos en que se contemplaba un cielo de un color azul de plata á causa de la hora. Detras de ellas se

veian las torres de la opulenta capital: en segundo término la montaña de Ajuzco y en lontananza esos infinitos pueblecillos, que estan esparcidos en el sin par valle de México, como las flores de un ramillete que tiró al acaso una maga.

El jóven almorzó en Ayotla, atravesó los bosques de Venta de Córdoba y Rio frio y darrió en la pequeña aldea de San Martin, en una mala posada.

Le pareció que entre los viajeros que se agolpaban en la sala de comer de la posada, habia uno que creyó reconocer, y que al verle, ocultó su rostro debajo del ala de su sombrero y detras del emboce de su *jorongo*.

Pero no hizo atencion á este incidente y se durmió con ese sueño, con que se duerme á los veinte años, por mas que los pesares estén desgarrando el corazon.

Al caer la tarde del siguiente dia, se presentó á su vista la Puebla de los Angeles, con las mil torres de sus conventos, cual nueva Roma del Nuevo Mundo; pasó la noche en el primer meson que se presentó á su vista y volvió á partir al amanecer.

El jóven contempló el magnífico espectáculo que presentaba el valle de Puebla, con sus volcanes de Popocatepetl é Ixtacihuatl, con su montaña de la Malinche, empapada de recuerdos y tradiciones de los aztecas, con las casas lejanas de sus haciendas, acariciadas por las brisas que formaban los suspiros del rio de Atoyac, que muchos años des pues ha llenado de poesía Félix María Escalante.

Dejó atrás las pintorescas aldeas de Amozoc y Acajete hoy ensangrentado con el recuerdo de Mejía, el desdichado general, una de las innumerables